



DE LA CELTIBERIA A LA TRADICIÓN MARIANA



EMILIO CUENCA RUIZ
MARGARITA DEL OLMO RUIZ

INTRODUCCIÓN

Sopetrán (en el término de Hita, Guadalajara), es un santuario que los cronistas benedictinos remontan al siglo V de nuestra era.

Dijeron que sobre una de sus higueras se apareció la Santísima Virgen al Caudillo árabe Alí-Maimon, consiguiendo su conversión, la de su hermana (luego Santa Casilda), y una de las conversiones masivas más relevantes de la historia hispano-musulmana.

Más tarde fue Sopetrán monasterio vivo con iglesia gótico-renacentista y claustro herreriano, mimado por el mecenazgo de la nobleza mendocina.

Posee una ermita milagrosa, en cuyo manantial se evocan las curaciones más inverosímiles; y un cerro mágico, antiguo castro celtibérico, no romanizado ni arabizado; horadado con túneles antiquísimos.

También hay una fuente de agua que dicen medicinal, arrancada de la tierra por hombres que atraídos por el magnetismo de Sopetrán buscaron uranio o petróleo.

Sopetrán, situada en lo que fue marca media de Al-Andalus, junto a la vía romana y cabeza del ramal de esta vía que Abascal Palazón propuso siguiendo el curso del río Badiel para terminar en Almadrones, fue encrucijada de caminos, de moros y cristianos, de navarros y aragoneses que soñaron con una Castilla débil; de austriacos y franceses que la expoliaron y masacraron.

En Sopetrán pernoctaron reyes, se firmaron pactos y se pararon guerras. El 28 de abril de 1358 el rey Pedro I le concedió un privilegio para que se celebrase en el lugar del monasterio una feria cada año.

Alcanzó tal prestigio y movió tantas gentes en peregrinación que un obispo de Toledo prohibió en el siglo XVII estas manifestaciones, quizás, celoso y presionado por aquellos que no podían consentir que

Sopetrán rivalizara y quitara protagonismo a la advocación nacional oficial de entonces, afincada en Guadalupe.

Todo esto y mil detalles más que se escapan en esta breve exposición, hicieron que algunos hombres, con una fuerte vocación religiosa, encaminaran sus pasos hasta los muros de este monasterio y, allí, buscaron a Dios y ofrecieron su vida para divulgar la palabra y el ejemplo de Cristo.

Grandes enigmas han forjado la historia y las tradiciones de nuestras tierras y pueblos, y fue precisamente desde Sopetrán, lugar cercano a La Torre del Burgo y término de la villa de Hita, desde donde emanaron el mayor número de hechos misteriosos.



Monasterio de Sopetrán

EL CASTRO CELTIBÉRICO

Sopetrán se encuentra en la antigua Celtiberia, una región en el noreste peninsular que comprendía territorios de las actuales provincias de Soria, Segovia, Guadalajara, Teruel, Zaragoza y La Rioja.

Los celtíberos desarrollaron una cultura con fuerte personalidad a pesar de haber estado influenciados, de una manera determinante, por dos pueblos: los celtas, habitantes del norte peninsular, con sus técnicas artesanas para fabricar objetos de metal; y, sobre todo, por los íberos, grandes expertos ceramistas, pobladores del Levante Español.

Los celtíberos eran politeístas y algunos de sus dioses estaban asociados a elementos y accidentes de la naturaleza; y en sus ritos funerarios, máxima expresión religiosa, practicaban la cremación en un lugar que ellos consideraban sagrado.

Son conocidas las ofrendas a las fuentes sagradas, el rito de las kalendas, el culto a las piedras y los árboles, los lugares encantados pre-



Guerrero íbero

dilectos para hechicerías; la adivinación por el estornudo y la observancia de ratones y polillas, tenidos como buen agüero que presagiaban abundancia en la casa visitada por estos bichos.

De todas las condiciones naturales que propiciaban los ritos celtibéricos participaba Sopenetrán: una gran arboleda alimentada por las aguas del río Badiel; una fuente tenida por milagrosa ya en la España prerrománica; y un castro celtibérico que bien pudo ser un importante santuario de esta cultura, como luego veremos.

El culto celtibérico por excelencia, narrado por Estrabón, eran las hogueras en la fiesta del solsticio de verano, transformadas más tarde en las hogueras de la noche de San Juan; y también otros ritos, creencias y prácticas religiosas importadas por cartagineses, fenicios, griegos y romanos convivieron con la cultura celtibérica y más tarde con el incipiente cristianismo.

Marcelino Menéndez Pelayo, en su obra *“Historia de los heterodoxos españoles”*, menciona la desaparición, ya en la Edad Media, de casi todos los ritos celtibéricos; pero *“todavía en el siglo XVI, la noche del solsticio, las muchachas casaderas, con el cabello suelto y el pie en una vasija de agua clara y fría esperaban atentas la primera voz que sonase y que debía traerles el nombre de su futuro esposo”*.

Cervantes, en la comedia *“Pedro de Urdemaias”* dice:

*Tus alas, ¡Oh noche! Extiende
sobre cuantos te requiebran,
y a su gusto justo atiende,
pues dicen que te celebran
hasta los moros de Allende.
Yo, por conseguir mi intento,
los cabellos doy al viento,
y el pie izquierdo a una bacía,
llena de agua clara y fría,
y el oído al aire atento.
Eres, noche, tan sagrada,
que hasta la voz que en ti suena
dicen que viene preñada
de alguna ventura buena.*

En la Celtibería pululaban los hechiceros que adivinaban las enfermedades; los “mengues”, equivalentes a las meigas gallegas, que eran los espíritus familiares juguetones y a veces malignos; las “fadas”, buenas o malas llegan a la Edad Media y son mencionadas por el Arcipreste de Hita y Rodrigo Yáñez en sus obras.

Fenicios, cartagineses, griegos y romanos exportaron a nuestra península sus artes mágicas y adivinatorias practicadas por augures y arúspices; las creencias en los poderes de magos y astrólogos.

Los llamados “salvadores” o personas que habiendo nacido en la noche de Navidad tenían, además de un signo impreso en el paladar, el privilegio de curar.

Los “zahoríos” adivinos descubridores de tesoros que tenían la virtud de descubrirlos aún estando ocultos bajo siete estados de tierra. Tras el cristianismo esta maravillosa propiedad se atribuía al haber nacido en Viernes Santo.

Todas estas artes fueron perseguidas en España por Teodosio el Grande, emperador romano del siglo IV.

En la España visigoda se vivía un verdadero hartazgo de artes mágicas y adivinatorias: magos o maléficos que trastornaban la mente humana por la fuerza de los conjuros; Hydromantes, que evocaban en el agua las sombras e imágenes de los muertos; Ariolos, que pronunciaban nefandas preces; Arúspices, que examinaban las entrañas de las víctimas; Horóscopos, que especulaban sobre la hora y día de nacimiento del hombre; Salisatores, que anunciaban sucesos prósperos o tristes por el movimiento de las venas; Sortílegos, Pitones, Genetlíacos y otros muchos conformaban el aluvión de adivinos que procedían de los numerosos pueblos que se habían instalado en nuestra tierra.

San Agustín en su obra *La Ciudad de Dios* dedica varios capítulos a combatir la irracionalidad de estas prácticas: “*Los platónicos, entre otras cosas, dicen también que a ellos (los demonios) pertenecen las adivinaciones de los augures, arúspices, adivinos y sueños.... Y Apuleyo dice: “Todas las maravillas de los magos, las cuáles con razón sienten que deben condenarse, se hace por parte de los demonios...”* (Civ. Dei. Lib 8. Capts. XVI y XIX).

Cuando saltaron las alarmas en las instituciones del Estado, fueron condenados y perseguidos por la Iglesia, dictándose normas precisas en los sucesivos concilios de Toledo para intentar atajar aquella cultura irracional.

En el Concilio IV de Toledo (año 633) asistido por San Isidoro, se determinó en su canon 29: *“Si algún obispo, presbítero o clérigo consulta a los magos, arúspices, ariolos, augures o a cualquiera que profese artes ilícitas, sea depuesto de su dignidad y condenado a perpetua penitencia en un monasterio”*.

Los monarcas visigodos Chindasvinto y su hijo Recesvinto trataron de cortar estas prácticas con severas prohibiciones.

En el fuero juzgo, las leyes 1, 3 y 4 del título 2, libro 6, hablan de los ariolos, arúspices y vaticinadores, que predecían la muerte de los reyes; de los magos y encantadores; agentes de las tronadas (tempestarios o nuberos), asoladores de las mieses, de los pulsadores o ligadores, cuyas ataduras se extendían a hombres y animales; mataban, quitaban el habla y podían esterilizar los frutos de la tierra. El hombre que incurriese en tales prevaricaciones quedaba sujeto a la pérdida de bienes y servidumbre perpetua.



Fíbula visigoda. Alovera (Guadalajara). Siglo VI.

Fray Antonio de Heredia en su “*Historia del Illmo Monasterio de Sopetrán*”, argumenta como el primer monasterio fundado por Chindasvinto, se construyó con el propósito de combatir las prácticas religiosas de bárbaros, herejes y seguidores de la secta de Arrio, ya casi extinguida, que habían implantado en España los primeros pueblos visigodos.

Es sabido que los edificios religiosos se erigían, generalmente, en el mismo lugar o sobre los restos de edificios anteriores dedicados a otras creencias. Este era el método más eficaz para aplastar y laminar el credo y la tradición de otras religiones.

Así, es del todo verosímil que en Sopetrán se hallase un santuario dedicado a divinidades celtibéricas junto al castro ubicado en el extenso cerro de esta finca.

Los datos que avalan esta teoría, de una manera sucinta, son los siguientes:

PRIMERO: en Sopetrán existen los restos de un antiguo castro celtibérico de cierta importancia por su extensión (los castros más comunes solían ser habitados por no más de treinta individuos). Estaba ubicado sobre un cerro que dominaba un cruce de caminos de primer orden y el río Badiel.

SEGUNDO: tras algunos trabajos arqueológicos se descubrieron visibles acumulaciones de cenizas que indican la presencia de piras crematorias, que pueden corresponder al lugar donde se realizaban los ritos mortuorios, cuyo principal acto era la cremación del cadáver junto con sus armas; o la cremación de las ofrendas, como caballos, prisioneros, etc, y que acostumbraban a realizar en honor a sus dioses (generalmente el sol y la luna).

Así el cerro de Sopetrán reúne las características de un santuario: el Promontorio Sagrado donde las noches de plenilunio se hacían sacrificios y se danzaba hasta el amanecer.

TERCERO: el espacio ocupado por el castro santuario celtibérico, de varias hectáreas de extensión, no ha sido ocupado jamás por otros pueblos: romanos, visigodos, musulmanes o cristianos. A pesar de ser un lugar estratégico e idóneo como pocos para ser habitado, ha sido siempre respetado; un nuevo poblado se instaló en otro cerro cercano

mucho menos atractivo, a tan solo unos metros de Sopenetrán, hoy La Torre del Burgo. El monasterio cristiano se edificó junto al río Badiel, a los pies del cerro.

En 1550, ante las enfermedades que aquejaban a los religiosos del monasterio, que debían soportar una intensa humedad, decidieron trasladar la vivienda al cerro, antiguo castro celtibérico. No obstante, tras diferentes estudios y prolongadas deliberaciones sobre la idoneidad del posible traslado, inexplicablemente y por unanimidad se personaron todos los monjes ante el Abad, pidiendo se cancelara y olvidara tal proyecto, alegando que preferían vivir enfermos, e incluso morir, antes de trasladarse al cerro. Quizás por haber oído antiguos relatos.

CUARTO: se han escrito y publicado algunas historias que aseguraban haber existido en Sopenetrán sucesivos pobladores romanos y árabes, aseveraciones y teorías que no aguantan la más insignificante prueba o investigación arqueológica.

En el cerro de Sopenetrán nunca se ha encontrado el más pequeño resto o fragmento de cerámica sigilata u otros tipos de cerámica romana ni tampoco de cerámica árabe vidriada, cuerda seca, etc., que nos indicaría la presencia de estas culturas. Por el contrario, se han encontrado en superficie restos de cerámicas del bronce, y sobre todo, a sacos, fragmentos de vasijas de cerámica celtibérica de todas formas y tamaños.

QUINTO: además de restos de posibles piras funerarias o rituales y una gran profusión de fragmentos cerámicos celtibéricos, también han sido hallados ídolos fálicos realizados en piedra, destacando un conjunto de genitales masculinos, hechos con gran perfección en piedra pulimentada.

SEXTO: siempre ha existido en Sopenetrán un manantial, ya conocido en la España prerrománica, con agua que ha sido tenida por milagrosa por sus supuestas propiedades terapéuticas; otro elemento a sumar a la posible existencia de un santuario indígena.

SÉPTIMO: el lugar fue elegido para levantar un monasterio católico que ayudara a combatir la herejía y las prácticas mágicas y adivinatorias que probablemente se alentaban en este lugar.



Fuero Juzgo



Cerro de Sopenán visto desde Torre del Burgo

Este enclave católico tendría como misión sustituir antiguos santuarios indígenas para recibir y catequizar a los flujos de devotos de anteriores creencias que se canalizaban por los muchos caminos que allí convergían, procedentes de los numerosos pequeños castros establecidos (y hoy localizados) a lo largo de los ríos Badiel y Henares; y en Alcarrias próximas, encauzando antiguas tradiciones hacia la nueva religión oficial. Se utilizaría como instrumento principal la secular fuente de aguas mágicas y milagrosas, en cuyo entorno se sucederán los hechos más prodigiosos.

El primer monasterio de Sopenán, según Basilio de Arce y Antonio de Heredia, data del año 642, inaugurado por el rey visigodo Chindasvinto.

Tras la invasión árabe fue destruido en el año 728, quedando reducido a una ermita dedicada a Santa María sobre la piedra, que popularmente se conocía como Sopenán.

El monasterio fue reconstruido y favorecido por el rey castellano Alfonso VI, tras reconquistar el reino de Toledo a finales del siglo XI.

LA VIRGEN DE SOPETRÁN

Vamos a presentar un resumen del relato que narra el acontecimiento más sorprendente ocurrido en Sopetrán: la aparición de la Virgen María sobre una higuera al ser invocado su auxilio por un grupo de cristianos encadenados cuando eran conducidos por el ejército musulmán:

“...Al producirse la aparición solo el infante Aly Maimón, hijo del rey moro de Toledo Al-Mamún, quedó en el campo con algunos soldados de su escolta, tras huir el resto.

Quedó Aly postrado y cegado por el resplandor de la luz que generó tal aparición. Cuando volvió en sí preguntó a los cristianos sobre aquel resplandor celestial que le había derribado y privado de la vista, ellos respondieron que era la reina de los Ángeles María Madre de Dios que había bajado del cielo para consolar y liberar a sus devotos cristianos.

Cuando el infante Aly Maimón oyó el dulce nombre de María, sintió mudado su corazón sintiéndose otro hombre, y pidió que le llevaran ante la soberana Señora, que se había instalado sobre una higuera acompañada de infinitos coros de ángeles.

El Infante moro, aunque ciego, reconoció con los ojos del alma que se trataba de la Madre de Dios, se hincó de rodillas y le pidió que dispusiera de su persona.

La Virgen le pidió que se convirtiera a la Fe de Cristo que es el Dios verdadero, pues solo aquellos que profesan su Fe y guardan su Ley se salvarán y vivirán eternamente en la gloria. A continuación le instó a bautizarse..

Después, bajó la Virgen de la higuera y caminó hacia una fuente que distaba unos cuatrocientos pasos al tiempo que iba catequizando al infante moro con todo aquello que debía creer, lo que debía hacer y lo que debía recibir para ser un verdadero cristiano.

Hecho esto tomó la Virgen agua de la fuente en sus manos, la derramó sobre la cabeza del moro y dijo: Pedro, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Apenas recibió el agua del bautismo, el infante abrió los ojos quedando libre de la ceguera. Le dio gracias por aquel favor recibido y le

pidió que tuviese misericordia de una hermana que tenía en Toledo, llamada Casilda, convirtiéndola a la Fe de Cristo. La Virgen le respondió que haría aquello que le pedía”.

A partir de este episodio se explicaba el nombre de Sopetrán por el hecho de haberse aparecido la Virgen sobre Pedro (el moro Petran), aunque también se reconocía que el nombre de Sopetrán se venía utilizando desde tiempos mucho más antiguos.

LA FUENTE MILAGROSA

Con la aparición, nada más y nada menos, de la misma Madre de Dios, Sopetrán potencia su carácter de lugar sagrado, asistido por la fuente milagrosa de agua bendecida por la Virgen María, que podría ser bebida o tocada por cualquier peregrino que lo deseara.

El milagro se ponía al alcance de cualquier cristiano que fuera capaz de solicitar el favor con verdadera fe.



Conversión del Moro Petrán hijo de Al Mamúm de Toledo

Todas estas circunstancias le daban una patente de veracidad y la consolidaban como centro de peregrinación católica. En el manantial de Sopetrán quedaba también legalizado, publicado y publicitado el traspaso de poderes sobrenaturales que venían desde una religión druida.

En la historia de la humanidad, con frecuencia se representa la fuente mística, y Sopetrán encaja y se ajusta como un guante a este arquetipo.

La fuente también simboliza la fuerza vital del hombre y de todas las sustancias, pero Carlos Gustavo Jung, el más reconocido experto, relaciona su simbolismo con al ánima como origen de la vida interior y de la energía espiritual.

En el manantial de Sopetrán se construyó un edificio semejante a una ermita, en cuyo interior se canalizó el agua en una especie de pequeña piscina, donde se sumergía a los enfermos que acudían con la esperanza de ser curados.

No obstante de presentar similares características que muchos mitos religiosos que se han puesto en escena a lo largo de la historia de la humanidad, los acontecimientos de Sopetrán son dignos de ser estudiados, sobre todo algunos que están directamente relacionados con su fuente, sucesos relativamente cercanos en el tiempo, que por sorprendentes fueron anotados, narrados, sometidos al juicio de la autoridad eclesiástica y publicados.

De los muchos milagros mencionados por Fray Basilio de Arce, autor de la primera historia de Sopetrán, presentaremos uno de ellos:

“En el año de 1480 vino a esta casa una serrana de Atienza con un niño hijo suyo quebrado, y muy enfermo de otras enfermedades, para que Nuestra Serra le sanase, pues hacía muchos milagros. Con este intento, llegaba la serrana a esta casa, después de haber llevado su hijo a la capilla de la Reina de los Ángeles, saliose de allí y se fue a la fuente santa a bañar a su hijo. Estándole bañando, cayósele dentro de la fuente y ahogose el niño. Como la madre se vio sin su hijo, que se había hundido en el agua, comienza a dar gritos y alaridos, bramando como una leona, pues le habían quitado a su hijuelo. Lloraba amargamente la muerte de su hijo y con gran llaneza y simplicidad vuelve a la imagen del altar, que está en la fuente santa y le dice: Madre de Dios de la



Ermita de nuestra Señora de Sopetrán que alberga el manantial

fuelle santa, dadme mi hijo, que vos me le tenéis: dádmele quebrado y enfermo como yo lo traje, pues no me lo quisiste dar sano. Vos me le tenéis, dádmele, que yo no tenía necesidad de bañarle, si no pensara que había de sanar. Dadme mi hijo Madre de Dios, que le traje vivo y se ha muerto en vuestra fuente santa. Yo no me tengo que apartar de aquí, ni tengo que volver a mi casa sin mi hijo; y no le quiero muerto, sino vivo me le habéis de dar. Pasó un gran rato, y cansada de gritar y dar alaridos la afligida y desconsolada madre sale de la fuente santa llorando, gimiendo, y suspirando viniese a nuestra iglesia, y dio tantos gritos y tan terribles voces que inquietó a los monjes que estaban en el coro en el oficio divino. Salieron a ver que era el alboroto y oyeron decir a la serrana: Madre de Dios de Sopetrán, dadme mi hijo que le traje vivo y vos me le habéis muerto; no me tengo que ir sin él. Como vio que no tenía allí remedio, tornó la desconsolada madre a la fuente santa a donde se ahogó su hijo. Entrando ve a su hijo hincado de rodillas sobre las aguas de la fuente, sano y bueno, y rién-

dose el niño: la madre como lo vio vase a él; hay hijo de mis entrañas, decía. Como podría yo vivir sin vos: ¿estáis bueno hijo? Sí madre, decía el hijo. Tómale en sus brazos, llégale al rostro, regálase con él, mudando todo su pesar en contento, la tristeza en alegría, las lágrimas en consuelo: vuélvese la serrana a dar gracias a la Virgen diciendo: Madre de Dios y Señora Nuestra, perdonadme mi importunidad, grosería y mal término: que yo siempre confié en vuestra misericordia, que me habiades de restituir a mi hijo. Mejorado le llevo, Señora; pero yo os le consagro, y dedico para que siempre os sirva. Y pues le habéis dado salud, y vida corporal, dadnos a mí y a él salud y vida espiritual del alma, para que madre e hijo os sirvamos toda la vida, en agradecimiento de tan gran merced. Con esto salió la serrana de la Fuente Santa y volviere a su casa contentísima y alegre, con su hijo de todo punto santo”.



Portada libro de la Historia del Monasterio de Sopetrán
de Fray Antonio de Heredia

En la obra de Fray Antonio de Heredia se da cuenta de buen número de sucesos tenidos por milagrosos, con protagonistas tullidos, lisiados, leprosos, con mal de garrotillo (difteria), ciegos, baldados, enfermos de riñón, enfermos de vesícula y padeciendo otras muchas dolencias y discapacidades.

Los individuos procedían de los pueblos y ciudades más diversas y dispersas: Atienza, Bayona (Francia), Madrid, Valdenoches, Atanzón, El Real de Manzanares, San Sebastián, Medranda, Loeches, etc, etc. Eran niños y adultos, hombre y mujeres, religiosos y seglares, y de toda condición social.

Las curaciones se sucedieron a lo largo de los siglos, y el último testimonio que hemos conocido nos fue ofrecido en el año 1980 por una persona (ahora fallecida) que nos aseguró se había curado de una hernia terrible siendo niño, tras haber sido sumergido en la pila del agua milagrosa; nos referimos a Pablo Elizondo Salvador, arquitecto madrileño que descendía de Rebollosa de Hita y último propietario particular del monasterio hasta su defunción, adquirido después por la Sociedad Sopertrán, compuesta por numerosos socios residentes en los pueblos aledaños.

Pablo Elizondo nos dijo que compró el monasterio con el ánimo de llevar a cabo su reconstrucción, en agradecimiento por la curación milagrosa de la que fue objeto. Su intención era entregárselo a una orden monástica para que fuera dedicado a la atención y asistencia de ancianos desamparados y enfermos.

No sabemos si en alguna ocasión ha sido analizada el agua de la pila o piscina, tratando de encontrar algunas propiedades curativas.

Hacia la mitad del pasado siglo XX se realizó una prospección junto a la ermita del manantial buscando la posibilidad de extraer uranio. Esta perforación del terreno alumbró otra fuente, que es visitada asiduamente por personas que se trasladan desde los más diversos lugares para llenar gran cantidad de garrafas, asegurando algunos que bebiendo el agua de este manantial mejoran e incluso se curan las dolencias del aparato digestivo.

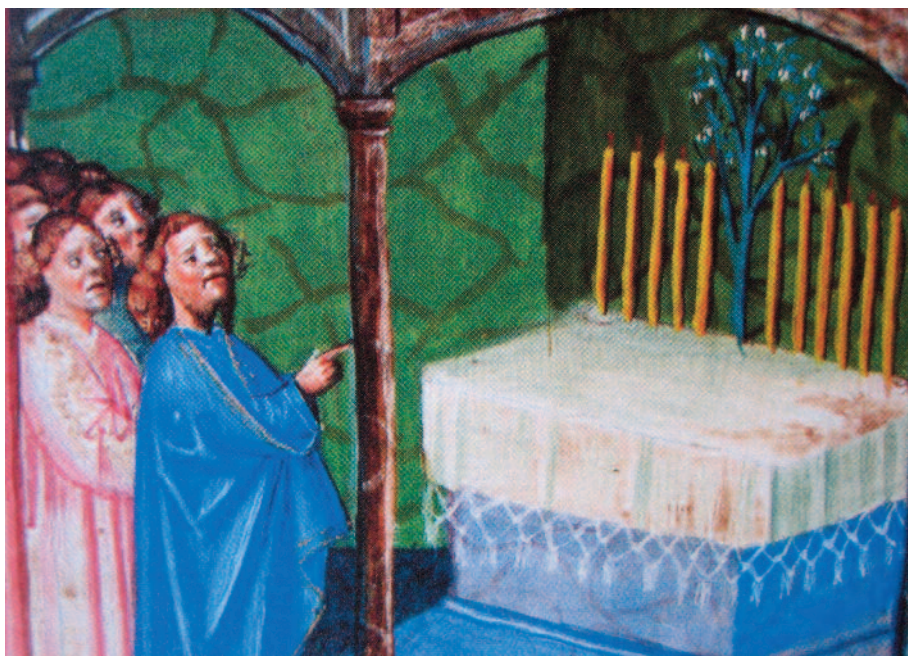
El agua de este nuevo manantial ha sido analizada y no se ha encontrado algún elemento que pueda calificarla como minero-medicinal. Es agua “corriente y moliente” pero sus “fans” aseguran y dan fe de sus propiedades curativas sin dejar resquicio para la duda.

¿Participa este segundo manantial de las mismas facultades milagrosas que el primero?

EL BÁCULO PRODIGIOSO

De todos los monjes que habitaron este monasterio, fue Fray Alonso Ortiz quien alcanzó mayor fama de santidad. Su muerte, el 30 de noviembre de 1616, provocó apasionados fervores que hicieron, entre otras cosas, deshacer sus ropas en jirones que guardaron como reliquias.

Cosas prodigiosas obró este santo fraile nacido en Villarrobledo, provincia de Albacete. La más espectacular, sin duda, la multiplicación de trigo y hortalizas, que nada tuvo que envidiar a la otrora de panes y peces en la ribera del lago Tiberiades. La más bonita, delicada y singular, aquellos trozos de pan que sobre sus manos se transformaron en bellas y perfumadas rosas, cuando pretendía calmar el hambre de un *peregrino suplicante*.



Báculo de Aarón

Pero el asunto de mayor interés para nosotros, y creemos que también lo habría sido para los insignes sociólogos y psicólogos del siglo XIX y principios del XX, fue el que protagonizó su báculo una vez hubo fallecido Fran Alonso Ortiz.

Antonio de Heredia, en su obra de 1676 que venimos mencionando, así lo expone:

“En el año 1659, en el lugar de Heras de Ayuso de Arriba, hacía oficio de cura el padre Fray Francisco del Castrillo hijo de esta Santa Casa, y que había entrado en religión pocos años después de la muerte de nuestro Padre Fray Alonso Ortiz; y tuvo noticia, que en este lugar se guardaba desde entonces un báculo de madera, en que su paternidad solía afirmarse, cuando le aquejaba mucho cierto achaque que padecía en los pies. Supo también que lo guardaban como reliquia; y que en las ocasiones que estaban de parto mujeres de aquel pueblo (y no se si de otro) pedían el báculo del Santo Abad de Sopetrán, como ellos decían. Reprendiolas en público y privadamente esta acción, y pidioles el báculo, más no pudo conseguir esto segundo y solo consiguió con estas reprehensiones, que no se usase públicamente; pero ocultamente lo usaban como antes. Comunicó este asunto al Abad, que era entonces en el Monasterio de Sopetrán; y de su consejo se procuró saber mañosamente, en cuyo poder paraba el báculo, para quitársele, si fuere necesario, recurriendo para ello a los superiores eclesiásticos. Mas no fue necesario, porque estando una persona moribunda, se le tomó el dicho Padre Fray Francisco del Castrillo, habiendo sabido que lo tenía en su dormitorio en cierta parte, pues se había informado bien y se lo trajo al convento, quitando con esto la ocasión, de que con la buena opinión que tienen de este padre Abad entendían, que pueden hacer acciones, que inducen en cierto modo veneración que no es lícito sin conocimiento y autoridad de la Santa Madre Iglesia a quien toca declarar los que están gozando de Dios y aprobar cuales reliquias pueden se veneradas y cuales son verdaderos milagros”.

Este texto habría sido cita obligada para que al menos media docena de relevantes investigadores hubieran podido apoyar sus teorías.

Para Carlos Gustavo Jung, el báculo es un emblema de fertilidad, y fue en este sentido como el báculo de Fray Alonso Ortiz fue utilizado por embarazadas y parturientas. O quizás era deseado como un instrumento de apoyo espiritual o psicológico en una situación especial y difícil y, para este caso, habría sido Frazer quien en su obra *“La rama dorada”*, fortaleció su teoría de la necesidad que la humanidad sentía del *“bastón universal”*, describiendo la fiesta que en el antiguo Egipto celebraban y que denominaban *“la Natividad del bastón del sol”*, pues como el día y el calor iban en disminución, suponían que el astro necesitaba un bastón para apoyarse.

Para Marius Schneider representa el poder divino, la comunicación y la conexión, y pudo ser con este propósito con el que los moribundos se asían al báculo de aquel Fraile de Sopetrán que creían les iba a facilitar el encontrar con más facilidad la senda que conducía a la eternidad celestial.

Juan Eduardo Cirlot presenta al báculo emparentado con la vara mágica y por su forma espiral símbolo de la fuerza creadora. Este y el comentario de Harold Bayley, quien aseguró que el bastón con el extremo curvo es un atributo del pastor de la iglesia y símbolo de la fe, podrían estar, ambos en la mente y en el sentimiento de todos aquellos que acudían al beneficio del báculo de Fray Alonso Ortiz.

Los textos bíblicos y cristianos nos presentan conocidísimos ejemplos de prodigios sobrenaturales conseguidos con un báculo, vara o cayado.

El Libro del Éxodo narra algunos de estos episodios: Éxodo cap.7 v 9. Dios dijo a Moisés: cuando os hable el Faraón y os diga: haced, en prueba, algún portento, tu dirás a Aarón: toma tu cayado y échalo delante del faraón. El callado se convertirá en serpiente.

Éxodo cap.10 v.13 y cap.14 v.16: extendió Moisés su cayado sobre la tierra de Egipto y Yahvé hizo soplar sobre Egipto el viento solano todo aquel día y aquella noche. Al amanecer el viento solano había traído la langosta.

Éxodo cap.14 v.16: tú alza tu cayado, extiende la mano sobre el mar y divídelo para que los hijos de Israel pasen por medio del mar en seco.

La vara de Aarón pasó a ser parte del tesoro del Santa Santorum en el templo de Jerusalén.



Monasterio de Sopetrán

Según la tradición cristiana la Virgen María debía casarse con un varón escogido por Dios. A los pretendientes se les entregó una vara seca y fue escogido San José por haber brotado azucenas en su vara.

El báculo de Fray Alonso Ortiz, ¿Representaba tan solo un mimetismo con los textos sagrados? ¿Era un espejismo provocado por la imagen del fraile? No podemos negar que este fraile dio la talla del anciano universal recogido en la cábala, revestido de poderes especiales, resplandor y prestigio, personificando el saber ancestral.

¿Sería cierto lo que afirmó Marius Schneider sobre las propiedades de comunicación y conexión del báculo? ¿Se valdría Fray Alonso Ortiz de su báculo, involuntariamente, para atrapar el magnetismo que emana de Sopetrán? ¿Potenciaría este magnetismo de Sopetrán la santidad de este monje?

EL MILAGRO DE JARANDILLA

Uno de los acontecimientos más relevantes ocurridos en Sopetrán fue el protagonizado por un asno de Jarandilla de la Vera. El comportamiento de aquel animal tenido por un hecho milagroso, hermanó a extremeños de La Vera y alcarreños en la Fe y devoción a Nuestra Señora de Sopetrán, sentimiento que perdura hasta nuestros días.

El ocho de septiembre de cada año, numerosos fieles se siguen trasladando desde Jarandilla a Sopetrán, donde celebran una emotiva romería.

El relato medieval del milagro dice así:

“El año de 1374 padeció el obispado de Plasencia una plaga de langosta, de la que se seguía gran detrimento de los frutos de la tierra; pero donde hizo mayor daño, fue en la Villa de Jarandilla, pueblo noble y antiguo de aquella provincia, que tendrá unos mil vecinos, cuyos campos son fertilísimos en todo género de frutos, por lo que es de los más ricos lugares de La Vera. A la langosta que talaba los campos, se juntó un gusano pestilente, que pegándose a los árboles les chupaba la savia; de manera, que estas dos plagas destruían los panes, secaban los árboles y talaban los olivos, castaños, naranjos, limoneros y todas las demás plantas, en particular las viñas: todos los cuales quedaron tan maltratados, que en tres años no fueron de algún provecho, continuándose esta plaga en todos ellos, viéndose los vecinos de esta villa tan maltratados y lastimados que juntando mucha gente para matar la langosta no podían lograrlo. Y buscando otros remedios humanos para esta y la otra plaga del gusano, no bastaban, acudieron a los Divinos.

Juntáronse todos en “concejo abierto”, y así juntos, hicieron voto de dar cada año a Nuestra Señora un cirio de cera, de dos arrobas de peso, suplicándola, que los sacase de tan gran trabajo y librase de las plagas sobredichas. Hízose el voto con general aplauso y devoción de todos los vecinos de Jarandilla, y se trató luego de su ejecución, para la cual se nombraron comisarios, más sobrevino una dificultad, no fácil de vencer al parecer, más para Dios no hay cosa dificultosa, ni fortuita, porque todo lo puede su

omnipotencia y todos los sucesos los tiene previstos. Por olvido natural o porque Dios lo dispuso así, no se determinó a que iglesia, imagen o santuario de Nuestra Señora se había de llevar la ofrenda de la cera cada año. Propuesta la dificultad, resolvieron los vecinos de la villa, que la aplicación de la limosna y determinación del santuario se dejase a la providencia Divina. Y para entender cual era la voluntad de Dios dieron este arbitrio: que el cirio se pusiese sobre un jumento y que se nombrase un hombre cuidadoso y diligente, que parando el bruto en uno de los tres santuarios de Nuestra Señora de Guadalupe, Monferrate o Sopedrán, allí se ofreciese de parte de la villa, suplicando a nuestra señora que se compadeciese de sus afligidos devotos, alcanzando de su hijo santísimo remedio para sus heredades, que el gusano y la langosta assolaban.

Salió de Jarandilla un hombre piadoso, devoto y diligente con un jumento, cargado de las dos arrobas de cera, y fue en su seguimiento, sin guiarle, torcerle, ni violentarle, antes bien dejándole caminar conforme a su instinto, o lo que es más cierto, según la divina providencia. Cuidaba solamente de darle el pienso acostumbrado a las horas correspondientes, y en los lugares que le dictó su discurso y prudencia.

Habiendo caminado doce días de esta suerte, al fin de ellos, llegó a esta santa casa (donde hacía dos años solamente que habitaban monjes de nuestro padre San Benito) fue el animal derechamente a la puerta de la iglesia, y allí se arrodilló. Juzgó el que le seguía que era cansancio lo que le obligaba a poner en tierra las rodillas, e hízole levantar, mas el bruto se fue a la portería del monasterio, y con las patas y cabeza dio golpes a la puerta, hasta que la abrió el portero y luego entró con demostraciones de alegría, en el modo que puede tenerlas un animal, que carece de razón y de discurso. Fuese a las caballerizas, sin que nadie le guiase, quedándose en ellas quieto. La persona que le había seguido, reconoció que aquella era casa de religión y preguntó: ¿Qué convento es este? Respondió el portero: señor mío, este es el convento de Nuestra Señora de Sopedrán de la Orden de San Benito. Oído esto, dijo: cierto que entiendo que estamos viendo



Libra a Jarandilla de langosta y oruga

una de las grandes maravillas que ha obrado nuestro Señor y según su instrucción, halló que era este uno de los santuario nombrados, y dijo: Padre, vuestra paternidad me guíe a la celda del Padre Abad (lo era a sazón de Don Martín, el primero que vino con doce monjes de San Millán de La Cogolla), le guió a ella, salió el padre Abad y le recibió con agrado y modestia religiosa. Le preguntó a que venía. Respondió contando todo el suceso, reconociéndose ser milagro manifiesto, mandó convocar a la comunidad, dióle cuenta del milagro, fueron todos a la portería, recibieron la ofrenda, que llevó bañado en lágrimas el vecino de la villa de Jarandilla a la capilla de Nuestra Señora. Dio el convento gracias a Dios, cantando el himno Te Deum Laudamus, e hizo oración a Nuestra Señora, suplicándole alcanzase de su Santísimo Hijo, que librase a la villa de Jarandilla de aquella langosta y gusano pestilencial. Tomose por testimonio todo lo referido, conforme a la relación de la persona que de allá vino, y muchos testigos, que fueron presentes de lo que sucedió, cuando llegó al convento.

Detuvieron al piadoso comisario de Jarandilla en el convento, obsequiándole durante algunos días; después de los cuales el se despidió, habiendo hecho devota oración a Nuestra Señora y partió para Jarandilla, a donde llegó con feliz viaje y halló que habían cesado las plagas de langosta y gusanos, y que todos estaban tan alegres, por el buen suceso, cuan deseosos de saber a donde había dirigido la providencia Divina su ofrenda al punto que se divulgó en la villa su llegada, concurrieron casi todos los vecinos de ella a preguntar como había sido el suceso. Y él bañado en lágrimas de alegría, les refirió todo lo que se ha dicho, oyéndolo todos con increíble ternura y devoción, y dando infinitas gracias a Nuestro Señor, que había querido oír sus ruegos, por intercesión de su Santísima Madre, soberana Señora, madre de afligidos y pecadores.

Juntos todos, renovaron el voto de dar perpetuamente dos arrobas de cera a Nuestra Señora de Sopetrán, enviándolas cada año a su Santa Casa y se cumplió con gran puntualidad muchos años, saliendo siempre la comunidad en procesión, en nombre de aquella noble y devota villa y llevando desde la Fuente Santa la ofrenda hasta la capilla de Nuestra Señora de Sopetrán”.

El anterior relato corresponde a una figura literaria utilizada para explicar la forma de cómo nos hemos relacionado con el Ser Supremo ante la milagrosa liberación de una plaga o peste. Es una especie de relato de origen oriental que se vale de las más diversas familias de animales como instrumento que ha de ser dirigido por la Divina providencia, para demostrar que el salvífico beneficio ha salido de su mano, y la ofrenda popular ha sido justa y acertada.

Tenemos varios precedentes en los textos bíblicos. Uno de ellos es aquel que se relata en el libro primero de Samuel Caps. V y VI, referido al episodio que protagonizaron los filisteos cuando se apoderaron del arca de Yahvé y la introdujeron en el templo de Dagón.

Narra el libro de Samuel que por todas las ciudades donde los filisteos llevaban el arca, la mano de Yahvé las puso en desolación, afligiendo con tumores y ratas a todos sus habitantes.



Grabado en el libro de la Historia del Monasterio de Sopetrán
de Fray Antonio de Heredia

Cuando el clamor de los ciudadanos subía al cielo presa del pánico, se decidió devolver el arca a los israelitas. Y tras aconsejar los sacerdotes de Dagón una ofrenda de reparación además del arca, decidieron que esta ofrenda la compondrían cinco tumores de oro y cinco ratas de oro, según el número de los príncipes de los filisteos y dando gloria al Dios de Israel lo pondrían todo sobre un carro, tirado por dos vacas que estuvieran criando y que nunca hubieran llevado el yugo. Dejando las crías en el establo las dejarían andar, observando si dirigían el arca a la ciudad debida, pues de ocurrir así se demostraría que la ofrenda había sido aceptada por la mano que los había castigado; y de lo contrario, verían que aquellos males habían sido fruto de la casualidad. Así se realizó.

A pesar de conocidos precedentes que muestran gran similitud, el caso de Jarandilla y Sopetrán, además de materializarse en distintos lugares a la vez y ser relativamente reciente (se data con precisión a finales del siglo XIV), ambas circunstancias le aportan rasgos que la hacen verosímil.

CONCLUSIÓN

Desde la aparición de la Virgen de Sopedrán sobre la higuera se fueron sucediendo ruidosos milagros con tan solo invocar su nombre con devoción; milagros que alcanzaron al rey Alfonso VI, por ser librado de las garras de un oso, al que pudo dar muerte tras pedir ayuda a la Virgen.

Los hechos sobrenaturales se prodigaron con tanta generosidad, que ante alguna polémica suscitada a cerca de su veracidad, en 1265 el arzobispo toledano Don Sancho, que era el juez ordinario a quien pertenecía averiguar la autenticidad de los milagros, hizo una declaración universal: *“que en este santo lugar, no solo se da la salud a las almas, sino a los cuerpos de todos los hombres que con humildad, rendimiento y confianza, piden la misericordia y socorro de la mano de Dios”*.

A través de las obras de Basilio de Arce (1540) y Antonio de Heredia (1676) se dan a conocer cientos de sucesos tenidos por milagrosos: en 1500 resucitó la Virgen a un niño ahogado; en 1503 libra a Brihuega de la peste; en 1509 libra de la peste a Heras y Humanes; en 1517, sana a un niño moribundo; en 1519 sana a un hombre con heridas en el pecho ya encanceradas; este mismo año cura a un tullido; en 1520 sana a un quebrado; en 1531 sana a un ciego; etc, etc, etc....Siendo esta minúscula relación una gota de agua en el mar de curaciones del que se tiene noticia.

¿Qué opinión nos merece todo esto visto desde el siglo XXI? Lo más sencillo sería encuadrar el fenómeno Sopedrán, simplemente, dentro de los acontecimientos de ficción maravillosos que, según Cirlot, por su rareza, belleza, esplendor y cualidades milagrosas aparecen con frecuencia en mitos, leyendas, cuentos folklóricos y libros de caballería. Si así lo hiciésemos engrosaríamos la larga fila de eclesiásticos y fieles sordos y ciegos que matan la esperanza en lo sobrenatural aquí en la tierra y empujan a obispos incrédulos a condenar las sinceras manifestaciones de fe, como lo hizo aquel obispo de Toledo que suprimió por decreto el culto a la advocación y la espiritualidad del monasterio de Sopedrán.

Para abordar el asunto con objetividad no solo debemos documentarnos con libros. Merece la pena que meditemos, que conozcamos y pisemos el suelo de Sopedrán, que respiremos su aire, que sintamos Sopedrán; viviremos su magia y su devoción.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUSTÍN DE HIPONA: La Ciudad de Dios. Madrid, 1933.
- BAYLEY, Harold: The Lost Language of Symbolism. Londres, 1952.
- CARO BAROJA, Julio: Algunos mitos españoles. Madrid, 1941.
- CIRLOT, Juan Eduardo: Diccionario de Símbolos. Barcelona, 1969.
- CUENCA RUIZ, Emilio y OLMO RUIZ, Margarita del: Enigmas de Guadalajara. *Sopetrán: Magia y Devoción*. Guadalajara, 2006.
- ELIADE, Mircea: Tratado de historia de las religiones. Madrid, 1954.
- FRAZER, James George: La Rama Dorada. Fondo de Cultura Económica de E. 2006.
- HEREDIA, Fray Antonio de: Historia del Ilmo. Monasterio de Sopetrán. Madrid, 1676.
- JUNG, Carl G.: El Hombre y sus símbolos. Madrid, 1969.
- LA BIBLIA.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: Historia de los Heterodoxos Españoles. 2 tomos. Madrid, 1986.